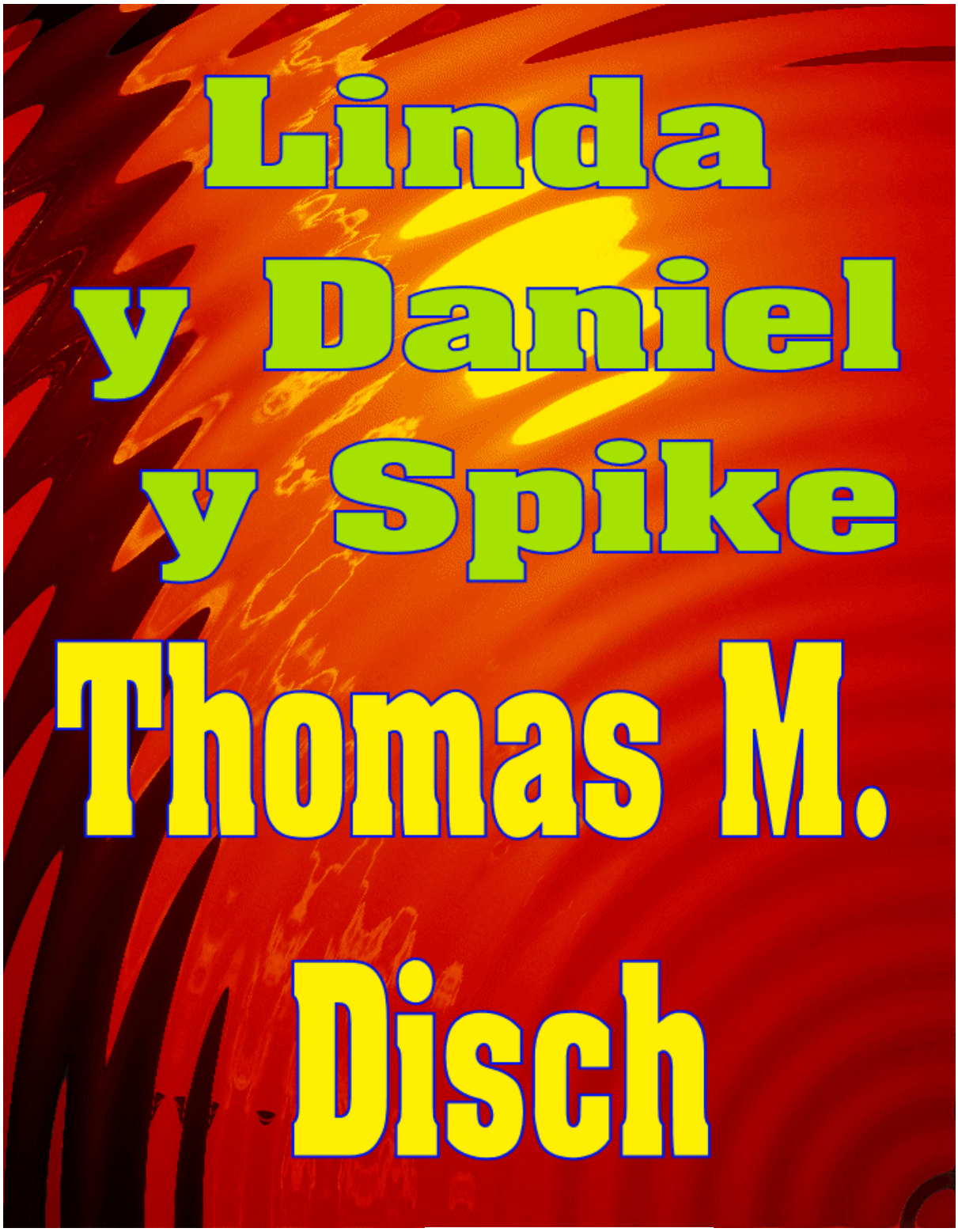
Linda y Daniel y Spike
Thomas M. Disch



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-La mayoría de los hombres son, como sabes, poco inteligentes -le explicó Linda a Daniel, su compañero imaginario, mientras caminaban por Central Park. Ella no era lo que podría llamarse una muchacha atractiva. Su nariz era decididamente demasiado larga, y cuando hablaba, tenía una manera desagradable de dar un énfasis estridente e indebido a ciertas palabras.

Era de noche, una fresca noche de verano, y Linda había permitido que Daniel le tomara la mano.

-Sólo les interesa una cosa„ si comprendes lo que te quiero decir. Mientras que tú eres de alguna manera diferente. Cuando hablamos así, juntos, parece que entendiera cosas que no podía entender antes. Es como... oh, no sé como decirlo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Daniel asintió.

-Es como si tu fueras mi padre y yo sólo una niñita. O como si fueras un sacerdote y escucharas mi confesión. Sabes tantas cosas diferentes, cosas de las que yo no había oído hablar antes de conocerte: ¡Ciencia! ¡Teatro! ¡Política! ¡Psicología! Cosas interesantes como ésas. Debería haber ido a la universidad. Creo que ahí cometí mi error. Esencialmente, soy lo que tú llamarías del tipo intelectual. Pero ya sabes cómo son los chicos: impacientes. Así que no fui. ¿Pensarás que soy una tremenda tonta?

--¡Oh, no! -dijo Daniel. Parecía muy impresionado.

-Pero debes haberlo pensado cuando recién me conociste. Jesús, qué tonta era entonces. ¿No sabía nada? ¿Sabía? Nada. Ni una mísera cosa. Quiero decir, no sabía nada del S-E-X- O.

Emitió una risita ahogada cuando Daniel le apretó la mano con un sentido inconfundible. -¡Ahora no empieces otra vez con eso! -lo regañó ella.

-¡Viejo Casanova! ¿Sabes una cosa? La primera vez que te vi el año pasado en Roseland, me dije a mi misma: "Ese es un hombre del que hay que cuidarse". Estaba allí sentada, viendo bailar a fa gente, y te vi. Me dije: "Es un hombre peligroso". Jamás he visto a nadie que baile el vals como tú. Supongo que alguna gente diría que el vals es historia antigua.

-¿Oh?

Ella sonrió generosamente.

-¡Pero yo no! Yo creo que el vals es el baile más bello del mundo, es lo menos que se puede decir. Y creo que tú... que yo... intempestivamente, ella rompió en llanto. Daniel la condujo hasta un banco del parque, porque parecía que sus piernas no la sosteman. El besó sus lágrimas tiernamente para disiparlas.

-¿Qué hay, querida? A mi puedes decírmelo

-¡Oh, quiero decírtelo, Daniel! ¡Quiero, pero no me atrevo! Las cosas son tan hermosas así como están. No quiero que nada cambie.

-Nada tiene que cambiar.

Linda sacudió la cabeza con desesperación. -No dirías eso si supieras. No comprendes. El sonrió como diciendo "sí que comprendo". Ella cerró los ojos. Era más fácil contar secretos de esa manera.

-Voy a tener un bebé, Daniel. Tuyo y mío. Un pequeño... bebé. -Rompió otra vez en llanto, pero esta vez Daniel no la besó tiernamente para disipar las lágrimas.

-¿Pero cómo... ? -preguntó.

-Ya sabía. Sabía que te enojarías. Oh, jamás debí decírtelo. No me mires así, Daniel.

El esbozó una sonrisa débil.

-¿Estás segura? ¿Fuiste a ver a un médico? -Todavía no. Pero una mujer sabe estas cosas. Lo he sabido durante tres meses.

Daniel no tenía nada más que decir. Al cabo de un rato la ayudó a incorporarse del banco y la acompañó hasta el departamento de piedra marrón en el que ella vivía, en la calle 88 Oeste. No subió las escaleras con ella como de costumbre. En cambio, le dio las buenas noches en el vestíbulo, junto a los buzones. A Linda nunca le pareció más apuesto que esa noche.

Esa fue la última vez que Linda vio a Daniel.

Al día siguiente, durante su hora libre para almorzar, Linda fue a ver al Dr. Theo Fingal, un ginecólogo cuyo nombre había hallado en las Páginas Amarillas. La sala de espera del doctor era tan alegre e íntima como si fuera un cuarto de su propia casa y, gradualmente, bajo su influencia, Linda empezó a sentirse menos nerviosa. Pasó el tiempo leyendo el libro del Dr. Spock.

La recepcionista le preguntó su nombre.

-Lee -dijo Linda-. Linda Lee.

Señora Linda Lee, escribió la recepcionista en una tarjeta blanca.

-No soy señora -explicó dolorosamente Linda-. Señorita.

La recepcionista ni pestañeó. Condujo a Linda hasta una pequeña habitación, tan deprimente como agradable había sido la sala de espera y le dijo que se desvistiera, que el doctor estaría con ella en un minuto. Linda obedeció con reluctancia. Nadie la había visto sin ropa antes, excepto Daniel, pero no había sido lo mismo.

Pero cuando el Dr. Fingal llegó para examinarla, le habló como si no hubiese advertido siquiera su desnudez y hasta le hizo pequeñas bromas. Era la consideración: misma. Podía tocarla y era como si nadie la tocara en absoluto. Después del examen, de una muestra de sangre y rayos X; le dijo que se vistiera y regresara en tres días. Dijo que todo era para bien y que no había de qué preocuparse.

Sin embargo, ella no pudo dejar de preocuparse. Hizo largas caminatas sola por el parque. En la oficina, puso al revés en tres oportunidades el carbónico de las cartas que estaba mecanografiando.

Cuando regresó, el día fijado, el Dr, Fingal estaba muy alterado.

-Siéntese, señora Lee -dijo, con exagerada solicitud-. Lo que tengo que decirle le causará mucha impresión.

-No soy señora -explicó ella- señorita. -Es algo terrible -dijo el doctor, manoseando nerviosamente la tarjeta blanca que tenía ante él. Linda se mordió los labios.

-Bien, doctor, ya sé eso, o no habría venido a consultarlo.

-No es lo que cree, señorita Lee; supongo que tiene la impresión de estar embarazada. ¿Estoy en lo cierto?

Linda asintió.

-Me temo que se trata de algo más serio. Me temo que tiene un cáncer.

Linda jadeó, aferrándose el vientre, como si el doctor hubiera golpeado al niño que crecía allí.

-¡No! ¡No es cierto!

-Es maligno -continuó despiadadamente el Dr, Fingal- y será necesaria una intervención antes de dos meses. Después de esa fecha, se producirá la metástasis, es decir la diseminación de las células cancerosas por el cuerpo. Sin embargo, tenemos todos los motivos para creer que la operación será un éxito, ya que lo habremos extirpado, por así decirlo, en embrión.

-¿Quiere decir... un aborto? -preguntó ella, horrorizada.

El doctor la miró extrañado.

-Mucho me temo que no me ha comprendido, señorita Lee. No se trata de un bebé. Se trata de cáncer uterino.

Linda lo abofeteó, haciendo caer sus lentes al suelo. Mientras él se inclinaba para recobrarlos, linda arrebató la tarjeta con su nombre y dirección y salió del consultorio. Aún le quedaba media hora libre de su hora para almorzar, así que fue a un restaurante chino cercano y pidió Moo Goo Gai Pan.

-Ahora estoy completamente sola -se dijo a sí misma, pero incluso cuando las palabras salieron de su boca, pudo sentir la nueva vida que se agitaba en su vientre y supo que no eran, en verdad, ciertas.

Linda dio a luz al décimo mes... o, en un sentido más clínico, el tumor se metastizó. El trabajo de parto fue terrible, pero cuando acabó y la enfermera le trajo el adorable pequeño, lágrimas de pura felicidad manaron de los ojos de Linda.

Era un varón.

-Lo llamaré Spike -le dijo Linda a la enfermera.

-¿Spike? -preguntó la enfermera-. ¿Sólo eso?

Había tenido la impresión de que Linda era católica.

-Ese era el nombre de su padre -explicó ella-. Es tan grande, ¿no es cierto?

-Ocho kilos --confirmó la enfermera-. Casi un record en este hospital.

-¡Y tan rojo! ¿Son siempre tan rojos al principio?

La enfermera, que casi había terminado 'su turno, ignoró la pregunta de Linda. Si uno las dejaba, las madres se pasaban el día hablando de sus pequeños bastardos.

-Ahora debo llevarlo otra vez a su cunita, señorita Lee.

Linda besó su bebecáncer, y la enfermera se lo llevó.

-Spike -murmuró Linda para sí-. Spike, mi pequeño Spike.

Spike creció muy rápido. Llegó a las rodillas de Linda, a sus caderas, a su cintura, aparentemente sin que pasara el tiempo. No era lo que podría llamarse un muchacho apuesto... pero Linda, naturalmente, era ciega a eso. Estaba loca por él. Tan pronto como pudo ponerlo en una escuela diurna, volvió a buscar trabajo. Hubiera preferido, por su parte, mantenerse con Bienestar Social, pero era difícil alimentar a Spike con la ración que suministraba la ciudad. De noche se quedaba en casa, sola, con Spike.

Incluso antes de que él aprendiera a hablar, ella le leía libros: libros de ciencia, de teatro, de política. Ella sabía lo importante que era la educación en esta época y había decidido que él la tendría. Spike, por su parte, demostraba un increíble apetito de aprender. Tan pronto como tuvo edad para una tarjeta de lector, comenzó a elegir sus propios libros. Ella no podía entender ni la mitad de ellos. Después de que él se iba a la cama, ella se sentaba en el baño (la luz de la cocina no lo hubiera dejado dormir) y leía una y otra vez los libros con ignorante admiración, pronunciando suavemente las palabras que no entendía: unilateral, carcinoma, dramatización, retribución ...

Nunca pudo discutir los libros con Spike, como había discutido las cosas con Daniel, porque Spike era taciturno y retraído en sí mismo. En realidad una vez, cuando tenía once años y ya era demasiado grande para una conducta así, había mordido al cartero que había llevado a su madre una carta certificada.

-¿De quién podrá ser? -se preguntó ella en voz alta. Sus padres habían muerto años atrás y no había nadie que pudiera escribirle una carta certificada.

¡Era de Spike!

En la carta Spike explicaba que, aunque fuera taciturno y retraído, la amaba a ella, su madre, profundamente y siempre le agradecería los interminables sacrificios que había hecho por él, siempre, aún cuando estuviera muerta. Todo lo que era y todo lo que esperaba ser alguna vez, explicaba, se lo debía a su querida madre. La extravagancia del lenguaje hizo sonrojar a Linda.

-¡Qué carta tan adorable! -exclamó Linda en voz alta, para que su hijo escuchara. Pero Spike fingió no haber oído. Se siente avergonzado, pensó ella. No quiere admitir la profundidad de sus sentimientos hacia mí. Era una característica común en niños de su edad, de acuerdo al Dr. Spock. Linda decidió no decir nada más del asunto.

Esa noche no tuvo corazón para regañarlo por haber mordido al cartero. Aunque sabía que lo estaba malcriando, no le importaba. En realidad, secretamente deseaba malcriarlo. Eso parecía acercarlos más.

Más o menos en esa época, Spike comenzó a robarle a su madre. Al principio sólo tomaba pequeñas sumas, pero un domingo a la mañana ella se despertó para descubrir que Spike no estaba en la casa y que se había llevado con él la billetera con todo lo que contenía. Esta vez sí lo regañó.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó, con estridente énfasis-. ¿Qué comeremos?

Spike dejó caer la cabeza sin hablar. En realidad, sospechó ella, no por vergüenza, sino porque la pregunta no tenía respuesta.

-¡Contéstame! ¡Mírame a los ojos! -Le tomó el rostro entre sus manos y, aunque estaba enojada, no fue un gesto rudo. El le mordió la mano

Para evitar que le robara de la billetera le dio una asignación de quince dólares semanales. El gastaba casi todo en ropa. Como ya medía un metro noventa y siete, le resultaba difícil encontrar buena ropa de confección. A Linda le hubiese gustado hacerle la ropa, pero él no lo hubiera permitido. Estaba fuera hasta cualquier hora. A Linda le recordaba a su padre, especialmente por el modo en que solía morderla en ocasiones, medio en

broma y medio en serio. Una vez, cuando él tenía quince años, le desgarró el pulgar de un mordisco y ella tuvo que ir al hospital.

En el hospital tuvo un cuarto para ella sola y flores frescas todos los días. Spike no la visitó (el horario de visitas coincidía con el de clase) pero le envió una adorable tarjeta de buenos deseos. La había hecho él mismo con papeles de colores y láminas de aluminio. El poema que había adentro había sido compuesto por él. Era más el tipo de poema que un muchacho escribiría a su novia que a su madre. Hizo sonrojar a Linda.

-Sí, sí, señora Lee... sólo un poco más de tiempo -dijo el doctor-. Todo está mejorando.

-Pero realmente debo volver. Mi hijo está completamente solo, sin nadie que lo cuide.

-Su hijo, sí. ¿Qué edad tiene, señora Lee?

-Quince años. Esta es la tarjeta de buenos deseos que me envió. ¿La ha visto?

El doctor examinó la tarjeta.

-El mismo la hizo -explicó Linda con orgullo. También a las enfermeras les habló de él: como sabía todo lo que se podía saber de ciencia, teatro, política. Les dijo algunos de los nombres de los libros que leía. Ni siquiera los nombres tenían sentido.

-Querría que lo conocieran -usualmente solía concluir con un suspiro-. Es muy apuesto. Tendrán que vigilarlo, o las hará caer de espaldas. Entonces la llevaron a la sala de cirugía. Ella explicó, sonrojándose, que era imposible que fuera a tener otro bebé. Hacía más de quince años que no estaba con un hombre. Por supuesto que Spike ya era un hombre, todo un hombre, pero era su hijo.

-Dónde está su tarjeta de buenos deseos -dijo ella-. Se las enseñaré.

La enfermera fingió ir al cuarto a buscar la imaginaria tarjeta de buenos deseos.

Se halló una metástasis del tumor original en cada parte del cuerpo. Se extirparon diferentes tumores de los pulmones, los senos, la laringe, el hígado, los ganglios linfáticos y el cerebro, por no mencionar el tumor original del útero. El tumor más grande pesaba casi dos kilos; el peso de todos combinados era de veinticinco kilos, bastante más de la mitad del peso original de su cuerpo. Fue un record no sólo para el hospital sino para la ciencia médica.

El pariente más cercano, el hijo de la mujer, fue notificado y él pidió que los restos fueran cremados, si bien no así los tumores, por requerimiento del hospital. Aún están en exhibición.